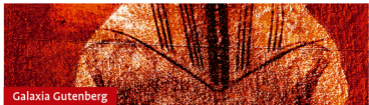




Radka Denemarková
Sangre de chocolate

Traducción del checo de Juan Pablo Bertazza



Galaxia Gutenberg

RADKA DENEMARKOVÁ

Sangre de chocolate

Traducción de Juan Pablo Bertazza

Galaxia Gutenberg



MINISTERSTVO
KULTURY

La traducción de esta obra ha recibido una subvención
del Ministerio de Cultura de la República Checa.

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Título de la edición original: *Čokoládová krev*
Traducción del checo: Juan Pablo Bertazza

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2025

© Radka Denemarková, 2025
© de la traducción: Juan Pablo Bertazza, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl.
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 76-2025
ISBN: 978-84-10107-61-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Ester Denemarková.
A Jan Denemark.
A Lukas Spinner.
A la Casa Kivitt en la isla Amrum.*

«Una amistad basada en los negocios es mucho mejor que los negocios basados en la amistad.»

JOHN DAVISON ROCKEFELLER

«Sin libertad absoluta no puede haber amistad auténtica.»

GEORGE SAND

«¿De dónde proviene ese deseo, esa melancolía, ese afán? ¿En qué se basa la moralidad humana? Presentimos que el mundo entero forma una unidad, pero, ¿cuál es el primer y último eslabón de ese círculo universal?»

BOŽENA NĚMCOVÁ

El tren atraviesa el siglo XIX, ida y vuelta. Avanza, va precisando lo visto detrás de la ventanilla. Los pasajeros del tren están viendo una película. Es una serie de imágenes móviles. El tren regresa a las mismas paradas. Las escenas tras la ventanilla se alternan y van haciéndose más nítidas. Las imágenes son completas. Cincuenta y tres parpadeos.

Cincuenta y tres parpadeos

El tren atraviesa el siglo XIX. Ida y vuelta. Regresa a las mismas paradas. Detrás de la ventanilla se alternan escenas breves. Imágenes completas. Se vuelven rítmicamente más precisas con cada viaje sucesivo. El tren es un raperero.

Tres imágenes nocturnas. Tres cuerpos humanos detrás de sus escritorios. Se superponen. Lo que conforma sus vidas. Lo que da forma a sus destinos. Hay una estructura genética de los cuerpos. Hay una constelación genética de las familias. Existe el gen de una nación. Existe el gen de una época.

Trazar una ruta. Colocar las traviesas. Encender la caldera. El tren se pone en marcha. En los marcos de las ventanillas de sus vagones no brillan sólo imágenes de la vida campestre. Detrás de las ventanillas hay grupos escultóricos humanos que cobran vida. Las escenas de la galería de imágenes en movimiento cambian con cada parpadeo.

Una golondrina pasa volando detrás de las ventanillas del siglo XIX. La única lealtad que no teme volver. Vuelve desde hace siglos al mismo lugar. Sus alas atraen la mirada del siglo XXI. Estamos sentadas a la mesa. Y nos aferramos todas a las palabras.

Prólogo

Una espalda agotada se encorva. Se redondea sobre una inestable y desvencijada mesa en Praga. Por la ventana se asoma una luna burlesca; husmea alegremente enviada por la noche perversa. La agente secreta está llena, redondeada; alimenta la inquietud de un corazón alarmado y ahuyenta el sueño. Si sobre la mesa rota se colocara el alto cilindro de vidrio de una lámpara de petróleo parecería una chimenea translúcida.

El cuerpo es una espalda dolorida. Hay sangre en la humedad entre las piernas. La espalda encorvada *debe* entregar al amanecer el manuscrito de una fábula encargado a toda prisa. Para su inmediata publicación. La pluma checa cruje frenética y el torrente sanguíneo de chocolate se vuelve pesado al alba.

En la cabeza hay un frío metálico en vela; un puñado de monedas tintinea su advertencia en las entrañas de cada palabra. El pastor llama a su rebaño sólo a las tontas ovejas que no se han descarriado. El frío metálico se llama hambre y autocensura. La autocensura es un colaborador fiable del miedo. Es el espía no contratado de los servicios secretos de todos los países y épocas. La autocensura es un muro alto; reduce la vista, congela las emociones, obliga a limitar el léxico. Amordaza algunas palabras, restringe el lenguaje y la forma, pone un bozal de hierro a los temas delicados, dobliga a la espalda obediente del cuerpo. La autocensura convierte la creación en fabricación y la independencia en esclavitud.

¿Acaso alguien ha podido alguna vez escribir un diario bajo el totalitarismo?

¿Acaso una mujer ha podido alguna vez darse el lujo de escribir un diario?

La fábula es la consecuencia de ese reciente encargo patriótico: la autocensura adormece a la audaz pluma. La punta se convierte en un sumiso cauteloso, manso, cobarde y leal; la pluma de ganso cumple el rol de un soldado obediente. La mente de un soldado raso con falda larga escribe con la sensación de tener una esfera de plomo en la mano. Convierte la lengua checa en un sirviente sedentario, moralizante, sentimental y torpe. La espalda ya encorvada se encorva aún más; la pluma no cruje y la sangre de los muslos se seca y se oxida.

La pluma la aprietan los dedos de una campesina. La campesina se llama Božena Němcová. Es escritora. El relato le provoca un rechazo nauseabundo. Sí, sabe hornear bollos, sólo que los hace de acuerdo a una receta escrita por otros. Amasa a mano, pero los ingredientes y sabores deben ser locales y calcularse con rigor.

La pluma se detiene instintivamente en medio de una frase truncada, la nariz aspira el aroma de la vainilla, el azafrán y la cúrcuma que brillan por su ausencia.

Sobre la mesa no humea la lámpara de petróleo.

La fuente de luz iluminaría el papel con una llama tenue. La llama oscilaría con la corriente hasta apagarse una y otra vez. La mano se estiraría hasta alcanzar la lámpara de mecha y quitaría el cilindro de vidrio. Rellenaría el queroseno percibiendo su penetrante olor. Si el queroseno goteara se olería durante mucho tiempo. El cilindro de vidrio se calentaría en su parte superior. Nada atraparía el calor y el hollín; la lámpara ensuciaría el techo del húmedo y mohoso apartamento con muebles en ruinas, donde yacen en un rincón trapos y jirones de pieles sobre las cuales un cuerpo agotado dormirá un rato antes del amanecer. En el fondo del único cuenco apestan los restos de algún mejunje. Un único par de zapatos está tirado cerca del umbral raído de la puerta baja. Los ojos hambrientos

ven finas lonjas de carne vacuna en las suelas gastadas que ilumina un rayo de luz de luna.

Las alucinaciones acuden en ayuda del cuerpo hambriento. Los ojos hambrientos ven una cazuela sobre la cocina fría. El agua hirviendo hace que se arremolinen y suelten caldo los zapatos. En el siglo XIX los viajeros franceses extraviados también cocinan mocasines indios a orillas del río Mekong cuando se ven amenazados de muerte por el hambre; la última entrada de un diario que se conserva habla del sabor de la «sopa» de mocasín.

Las lámparas de queroseno aparecen en las mesas de las casas después de 1859, cuando se descubren varios yacimientos de petróleo más. En Pensilvania, por ejemplo. Hasta ese momento prevalecen las lámparas de aceite de ballena. Los pescadores también capturan cachalotes en la isla Amrum, en Frisia septentrional; los isleños sobreviven sólo gracias a la venta de aceite de ballena.

Si una lámpara de petróleo humeara sobre la mesa, la mano escuálida volvería a colocar con cuidado el cilindro de vidrio después de encenderla. Sería una llama amplia; la noche penetrante al otro lado de la ventana se echaría para atrás del susto y los ojos turbios mirarían fijamente la brillante llama. Ahora leen a la luz de una vela que agoniza. El cuerpo se convulsiona; la mano de prominentes venas azules suelta la pluma que se ha tornado pesada. Las venas tienen el color de la tinta derramada.

Los dedos congelados de esa mano acercan una nueva hoja de papel en blanco.

El muro preventivo de la cabeza se agrieta. El hielo se resquebraja. Las grietas se extienden y se pierden a lo lejos. La muralla se desmorona y desaparece; la abertura no encuentra obstáculos, el horizonte no tiene límites. Ahora va a hacer la masa del modo que le gusta y tal y como *quiere* hornearla. La condimenta con sabores a los que no teme. La mente se ahoga con la libertad, sí, sí, sí, sí, incluso la mente puede bailar la polka. Las palabras liberadas se regocijan; exaltadas con la

verdad desnuda escupen la mordaza y se arremangan. El corazón aliviado coloca las traviesas de palabras y frases sobre las que corre la locomotora con su carga de ideas sin censura. Las emociones se arriman al intelecto; el corazón comienza a latir con fuerza. La pluma libre revolotea con fervor por los rieles de frases suculentas; ligeras y naturales como el aliento del cuerpo de la autora. Las palabras son golondrinas. Llegan desde cada rincón del mundo, anidan en un papel a medio escribir como las notas de una nueva sinfonía. Ahora, por un momento, son los dedos de Barbora Panklová, conocida como Betty, los que sostienen la pluma. Es el primer yo de la escritora. Escribe el texto en alemán y lo quema. La resistencia dentro de la resistencia.

La resistencia invisible. Quema lo mejor de su obra. Los austríacos no le elogiarían un texto así; les molestaría el contenido. Los checos no le elogiarían un texto así; les molestaría la lengua. ¿Acaso a la verdadera literatura, a la verdadera poesía, al arte verdadero le importa una lengua concreta? ¿Acaso a la verdadera literatura, a la verdadera poesía, al arte verdadero le importa el género? La concepción que tiene Barbora Panklová sobre el lenguaje y la persona en relación a él es sólida.

Sólo que Barbora Panklová y Božena Němcová viven en una casa de piedra con telarañas, chillidos de ratones y murciélagos en el desván; las habitaciones son de paso; las inquilinas con un solo cuerpo y mente deben soportarse de forma mutua; no estorbarse, no arrastrarse la una a la otra al pantano. Božena cumple los roles de la época y escribe para el mundo checo. Barbora, por su parte, escribe para sí misma; la mano libre escribe osados textos en forma de largas cartas. No puede encontrar libertad en ningún otro sitio. En ninguna otra parte se la permite. ¿Qué significa la intimidad? Entrar en otra dimensión para poder escribir. La época en la que se nace no se elige.

Una espalda confiada sobresale recta de un escritorio de roble brillante, la nuca roza el revoque; la columna es una tabla de planchar y se apoya en la pared. Por la ventana asoma una noche emprendedora e intempestiva. La espalda del empresario emerge recta por encima de unos expedientes jurídicos que lo aburren. Una de sus manos aparta los documentos.

No se prende un puro, no se sirve un whisky, no apoya los pies sobre la mesa. Sólo piensa en una cosa: acaban de descubrir petróleo en Nueva York. Un destilado del petróleo.

En el reverso de un acta aburrida el empresario garabatea laberintos de números. La mente entra en calor, espera el pistoletazo de salida pensando con emoción en cómo sacarle más y más y más y más provecho al oro negro. No recoger miel negra en gotas que se filtren de casualidad en la superficie. La tierra está derramando petróleo. La tierra está derramando sangre de chocolate. Corre por sus venas.

¿Y si hubiera una reserva mucho más grande de limo negro bajo la tierra? ¿Cómo averiguarlo? A su mano no le divierte matar el tiempo. Dibuja números reconocibles, los multiplica, los suma, los divide, los potencia. Conecta líneas en figuras y estas empiezan a tener sentido. Pinta las plataformas de perforación que se utilizan para extraer la sal. Los ojos de pájaro se entrecierran, la mente se ahoga con la libertad emprendedora, sí, sí, sí, sí, incluso la mente puede bailar la polka.

Son los dedos de un hombre de negocios estadounidense los que sostienen el bolígrafo. Se llama John Davison Rockefeller. La plataforma de perforación no traicionará al emprendedor propietario; un peculiar metrónomo excava bajo tierra y en el año 1859 se topa con un tesoro. La Madre Tierra se atraganta y escupe la flema negra de un yacimiento petrolífero en Pensilvania. La voz empieza a correr. La esparcen los vientos de Mammón. Todo el Oeste americano converge en Pensilvania; la población aumenta cada semana en tiempo récord. Las par-

celas de tierra se venden a precios fabulosos en tiempo récord. Los cuerpos humanos se ciegan en tiempo récord. Tienen el color negro frente a sus ojos, con el paso y la respiración acelerada corren detrás de la quimera del oro negro, corren en una sola dirección, tensos por lo que esconden las tierras saqueadas bajo la superficie. El petróleo es un imán que persiguen los especuladores y al que apuntan los trenes abarrotados. La sangre azul ya no le importa a nadie. Todos deliran con la sangre de chocolate.

Los trenes surcan el paisaje y remiendan los continentes. Dictan un nuevo ritmo al siglo XIX. De la tierra brota un bosque de plataformas de perforación. Los picos se inclinan, se balancean, picotean el suelo. Las perforadoras son los péndulos y metrónomos de la modernidad. Historias de fabulosas riquezas sobrevuelan montañas, mares, continentes. Historias así son las que quieren leer y escuchar los ojos y oídos del mundo entero. No son moralistas fábulas patrióticas. Son impetuosas y modernas narraciones de un tiempo acelerado, narraciones de siglos venideros que requieren un nuevo lenguaje y, desde luego, no tienen ningún interés en hacer resurgir nada. Ni siquiera las naciones.

El ritmo de la época no lo impone el paso. El ritmo de la época lo impone el estruendo de los ferrocarriles. En 1865 se origina otra pintoresca ciudad en el plazo de unos pocos meses. Recibe el nombre de Pithole. Unas manos motivadas y codiciosas restriegan la mugre acumulada debajo de las uñas rotas y construyen, apresuradamente, una cabaña de troncos tras otra sacando las astillas clavadas bajo la piel. Las chozas de madera formarán una metrópolis y atraerán a doce mil cuerpos humanos. Entre ellos hay también cuerpos checos. Entre ellos hay cuerpos de los refugiados de Europa.

Hay cincuenta hoteles uno al lado del otro, aunque la ciudad entera no es otra cosa que un gran hotel y albergue.

No falta el teatro, aunque la vida en la ciudad no es otra cosa que un inmenso drama y la función de todos los días.

El auditorio se traga a un centenar de espectadores. El techo crujiente está cargado de arañas de cristal. Pasan las semanas. Pasan los meses. Pasan los años. La densa esperanza de los manantiales negros se seca. Después de unos años febriles, las cabañas de troncos se vacían tan rápido como se llenaron. Queda un pueblo fantasma. Y un teatro en el que unas ardillas negras se columpian con las arañas; el cristal se envuelve con sus ágiles cuerpos. Se balancean y cuelgan como lágrimas negras y sanguijuelas. De vez en cuando cruza el escenario abandonado un solista enloquecido.

Una espalda apasionada saca pecho en París. Unos senos pesados y blancos como la nieve se asoman resueltamente desde un escote redondo. Abultados como dos enormes pisapapeles de cristal macizo sobre hojas alineadas. Pilas de papel escrito se hinchan sobre la mesa y la cómoda. La espalda se sienta en un pequeño salón empapelado en color violeta. Las paredes brillan de color violeta y en el empapelado hay motivos florales apenas perceptibles. En ese escritorio tallado y hecho a medida la espalda no se encorva.

Una mano con un anillo de oro en forma de dragón con la cabeza alzada sumerge la pluma en el tintero empotrado de plata con una tapa giratoria para evitar el derrame accidental de tinta y su evaporación. La tinta es petróleo. La tinta es sangre de chocolate. Por la ventana se asoma una vanidosa, independiente y libertina noche de estrellas de cancán. Sobre el escritorio humea una lámpara de petróleo. Con una tenue llama la fuente de luz ilumina una enorme pila de papel escrito. Los pisapapeles brillan a la luz de la luna y la montaña de papel, liberada de la esfera de cristal, se desliza hasta el borde de la mesa. Cae abriendo un abanico plisado. Con la corriente de aire la llama flaquea y se apaga. La mano con el anillo en forma de cabeza de dragón estira la mano hasta la lámpara de mecha.

La cabeza de dragón quita con cuidado el cilindro de cristal; el alto cilindro recuerda a una elegante chimenea. La mano de dragón rellena el queroseno que tiene un olor punzante y cuando se derrama una gota se deja sentir por mucho tiempo. La parte superior del cilindro de vidrio está tan caliente como la carga creativa de una cabeza obstinada. La maquinaria de las ideas no se detiene. Una locomotora silba, se acerca y des-acelera en la mente. La cabeza es una estación. Nada atrapa el calor y el hollín, pero la lámpara no ensucia el techo parisino que es escandalosamente alto.

La mano de dragón vuelve a encastrar el cilindro de vidrio después de encender la lámpara. La llama es amplia y la mano de dragón escribe ocho horas nocturnas hasta quedar extenuada. Los colores de la base de la lámpara y el kit de escritura hacen juego. Trabajo nocturno voluntario. Otra taza de porcelana con café aterriza sobre la mesa junto al tintero empotrado de plata. El café funciona como el opio, por eso se volvió tan popular entre los intelectuales desde los tiempos de la Revolución francesa. Los entendidos comprenden su importancia. La inspiración de los caros granos de café es un lujo que sólo las gargantas más ricas pueden permitirse; entre tazas de café caliente intercambian ideas excitadas. Los cafés surgen en una época en que la gente corre por las calles en harapos gritando que no tiene nada para comer y el rumor se difunde de boca hambrienta en boca hambrienta, ¿habéis oído ya a la reina francesa, esa austríaca presumida, provocándonos con la pregunta de por qué no comemos pasteles cuando no tenemos pan? Los datos se contradicen a sí mismos. El espíritu del siglo XIX comienza por aquí en el año 1789 con la gran Revolución francesa. Y termina en el año 1914.

En el cenicero, junto a la porcelana de Meissen con un café espeso como la sangre de chocolate, se acumulan colillas de cigarrillo y partes de frases sin terminar. La mano de dragón enciende unas con otras.

La nicotina anestesia el cuerpo. El cuerpo no tiene sueño. Alrededor de las cuatro de la mañana deja la pluma, satisfecha.

Ella se da sus propias órdenes. Ha cumplido su cuota. El tren traquetea día y noche a una velocidad constante. La novela supone una disciplina de hierro y el lujo de la libertad. La pluma libre está en la mano de una baronesa francesa. Se hace llamar George Sand. Es un escritor y también una escritora. Con esa misma mano de dragón escribe con facilidad lo que su corazón privado necesita comunicar. Cartas a la familia. Cartas a los amigos. Cartas a los amantes. Cartas al editor. A los ojos de los lectores el lenguaje y el estilo no han cambiado con respecto a la novela anterior. La mano de dragón no tiene ningún motivo para cambiar nada en lo privado. No cumple ningún rol salvador, no cumple ningún rol patriótico, no cumple ningún rol nacionalista. La mano de dragón mueve la pluma al mismo ritmo aunque con otra firma: Aurore Dudevant, de soltera Dupin.

La señora Aurore Dudevant, de soltera Dupin, y la señora George Sand viven en el mismo cuerpo. Se apoyan mutuamente, se mantienen a flote y se provocan. Y lo disfrutan terriblemente. La mente se ahoga de libertad, sí, sí, sí, sí, incluso la mente puede bailar la polka. Y ahí vamos.

El tren parte y regresa a las mismas paradas

Primera parte

Primera parada ferroviaria

Sigmund Freud no sabe que todos sueñan el mismo sueño

Corre el año 1833 y Barbora Panklová tiene trece años. O no. Nadie sabe exactamente cuándo nació. El cuerpo de Alfred de Musset tiene, con toda seguridad, veintitrés años y es un escritor francés. Llegó a la conclusión, mucho antes de que lo hiciera Sigmund Freud, de que tanto los hombres como las mujeres son bisexuales por naturaleza. El bohemio por naturaleza se cansa de los suaves pliegues de los cuerpos de sus amantes mujeres y hombres. Incluso eso puede pasar. Lo aburre hasta el sexo grupal, el polvo rápido de siempre; está harto de vaginas, nalgas mullidas, cuellos de cisne, pechos, pezones y apasionados intercambios de saliva y piernas largas. Incluso lo aburren los retos de mujeres y hombres vírgenes; está harto de la manipulación de los juegos prematrimoniales. Lo aburren las mujeres casadas lujuriosas y competitivas; está harto de los revolcones ilegales y entre bastidores en los dormitorios matrimoniales, tal como a él le gusta llamarlos. Y entonces en París se topa inesperadamente con alguien que se llama George Sand y se hace llamar Madame. Le palpita el corazón, el pene se le irriega. Milagro.

La transformación de Aurore Dudevant, de soltera Dupin, en George Sand culmina en ese período. Madame se viste como un hombre; pantalones, botas, una bonita corbata, chaqueta corta, sombrero alto. No se trata sólo de un atuendo provoca-

dor en el que envuelve su cuerpo: sistemáticamente se refiere a sí misma como un hombre y hasta habla como tal. Sistemáticamente se expresa en género masculino. Sistemáticamente exige a los demás que se dirijan a ella como tal. Alfred de Musset se encandila con semejante obstinación. Es un misterio; su identidad de género está sorprendentemente en línea con su sexo. Ni siquiera se trata de sexo ni de un provocador desafío sexual; a ella le gustan los hombres, no los odia. El cuerpo de Alfred de Musset sube de temperatura con la curiosidad. Arde la estufa.

Madame rechaza tenazmente el rol tradicional en el vestuario, en el comportamiento, en la forma de expresarse. No interpreta a la mujer predecible del teatro clásico con sus accesorios, vestidos, réplicas, insinuaciones y apuntes prescritos. Le gusta el teatro experimental; se autodirige de un modo estupendo. Fuma y juega con los hombres al tarot y al *whist*, un juego de naipes para cuatro personas. En su caso, para tres jugadores y una jugadora. En público fuma no sólo cigarrillos, sino sobre todo puros y narguiles. Alfred de Musset enciende una cerilla. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Johana Rottová es la futura escritora checa Karolina Světlá. Es diez años más joven que Božena Němcová. O no. En 1850 le escribe con tono patético a Božena Němcová: «Nos deleita la bendita esperanza de que no olvide visitar a la familia Rott cuando la reciba a usted la antigua Praga».

El profesor a domicilio Petr Mužák es el prometido de Johana. Ya conoce a Božena y a su marido; se los encontró en Liberec. En la familia Rott, Božena Němcová tiene el sobrenombre de *cuentista*, lo cual significa en la literatura checa una señal de respeto. En el fondo, sin embargo, Johana desprecia a Božena y adopta una actitud condescendiente en su rol de consejera.

No es lectora suya. Es una consejera segura de sí misma. Le escribe una carta a la *cuentista* y le asigna una tarea. De índole

patriótica. Božena Němcová debe «efectuar una acción benéfica» y escribir para las mujeres un tratado educativo sobre «la historia de nuestra querida patria». En la carta adjunta, diligentemente, dos documentos como modelo. En alemán.

Johana Rottová chantajea emocionalmente y sostiene que habla en nombre de las almas de centenares y centenares de muchachas. Afirma que esas pobres jóvenes checas están sufriendo mucho porque la historia de su amada patria ha permanecido inaccesible para ellas. La amable Johana no ofrece, sin embargo, ninguna remuneración. Božena debe sentirse reconfortada por el hecho de hacer una buena acción. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Es enero, el invierno se cuela en los huesos y la iglesia baptista está llena a reventar hasta el techo recién reparado; las paredes están que explotan y tienen grietas. Los ojos de la congregación baptista no se dirigen al predicador. Apuntan a un hombre venerable y entrado en años que deja la iglesia con el ceño fruncido y orgulloso. Han venido más que nada por él, implorando su atención, no la de Dios que esperará; la gente también le tiene una paciencia infinita.

El cuerpo se abre paso por el centro de la iglesia; es el primero en desaparecer de la vista y se retira con paso tranquilo y deliberado. Camina en dirección al sol, muy consciente, por supuesto, de que lo contempla toda una comunidad de hombres, mujeres y niños. Lo observan fascinados semana tras semana. Lo hacen sin pudor, como si fuera lo más milagroso del mundo que precisamente a ellos los visite el mesías con una larga capa negra. Y con la misma obstinación y falta de naturalidad sonrín. La mayoría de los niños sólo observan. Si no lo hicieran recibirían una cachetada de sus padres.

Los pasos de los mocasines resuenan en el espacio de la iglesia. Hombres y mujeres permanecen inmóviles en los bancos esperando una señal. Justo cuando el hombre se acerca a la

salida y se pone el sombrero, las filas de cuerpos se levantan de los bancos duros como si se tratara de una orden. Se alinean en procesión, obedientes, respetando las distancias. El anciano nunca mete las manos en los bolsillos de su largo abrigo negro. Nunca. Ni siquiera durante las duras heladas, cuando el frío se mete bajo las uñas y en el asiento trasero del coche ha dejado olvidados sus guantes de piel de ciervo con los puños doblados.

Hoy se los pone de forma solemne; se para en la puerta con dramatismo. Se pone los guantes de forma metódica. Cada movimiento supone una ceremonia deliberada. Se pone los guantes de boxeo. El mundo es un cuadrilátero de boxeo. Extiende los dedos dentro de la piel de ciervo y luego aprieta el puño hasta hacer crujir los nudillos brillantes.

La gente se hace a un lado en señal de respeto. Encorvan la espalda, bajan la mirada. Evitan mirar directamente y de tan cerca a los pequeños ojos de pájaro para no quedarse ciegos. Afuera llueve con intensidad y, al mismo tiempo, nieva; irrumpen en el cielo plomizo inesperados rayos de sol. A alguien ahí arriba él le agrada y con curiosidad descubre la cortina de nubes como quien echa un vistazo a su competencia.

El cuerpo ágil de un joven se acerca a la entrada; viste una librea, un peculiar abrigo de dos filas de botones, botas altas y una fusta bajo las axilas. Abre un paraguas por encima del sombrero, abrigo, guantes y mocasines negros pulidos del hombre. Se lo sostiene servicial, aunque lo separan del coche apenas unos cuatro pasos. Hoy, en vez de los tradicionales mocasines negros pulidos, el hombre lleva zapatos negros de charol con unos detalles color beis.

El chófer espera en posición junto al coche con cristales oscuros. Tan pronto como recibe la señal del cuarto paso del señor, abre con una precisión de segundos la puerta trasera. De la visera de su gorra sobre su cara inmóvil chorrea una cortina de lluvia y rebotan las gotas de agua. En esas gotas se derriten los copos de nieve. Frente a la iglesia bulle una bóveda de pa-

raguas extendidos. Las setas mojadas desfilan por la ciudad. Rodean la iglesia esperando a la estrella.

El largo abrigo de John D. Rockefeller sale de la iglesia baptista y los paraguas se separan con obediencia. El anciano sale de la iglesia baptista con el tempo inalterable del paso prudente y la férrea regularidad que ha tenido desde su más tierna infancia.

Toda su larga vida.

Se marcha y sólo los jóvenes no se dan la vuelta. Cuando el señor sale de las penumbras a la luz del día sienten una inefable decepción. A pesar de su abrigo caro, sus guantes, su auto y el escaso cabello cuidadosamente peinado es un viejo terco. ¿Se trata sólo de eso? ¿Una leyenda del siglo XIX? ¿No se estarán engañando a sí mismos? ¿Será realmente él? Sí, ya. El tren viene, el tren va.

A George Sand le encanta trabajar. Lo que más le gusta es hacerlo en absoluta soledad. Le gusta sentarse sola en el pequeño salón violeta. Le gusta pensar sin constantes interrupciones. Esa clase de soledad por la que tanto ha luchado. Para las grandes creaciones la soledad es imprescindible. Incluso en un sentido más amplio. El camino hacia otra persona supone atravesar la experiencia de esa clase de soledad interior. Y es requisito de la verdadera comunión. Quien sin cesar *tiene que* permanecer cerca de la gente no encontrará el verdadero yo ni en los demás ni en sí mismo. Pensamos que sabemos quiénes somos, pero ¿quiénes somos en realidad? Sólo aquel que logra vivir en soledad es capaz de descubrir a los otros, de apreciar el milagro del encuentro. Sólo el «yo» desnudo puede apreciar el «tú». Y soledad no significa estar solo. No es para cobardes.

Da un portazo tras de sí. Más y más pisapapeles de cristal brillante retumban contra la mesa pulida. Alfred de Musset adora

las coincidencias, la espontaneidad de los arrebatos, la inspiración repentina, las situaciones límite, los accesorios románticos, el espacio, las sorpresas; llega sin avisar y suele ponerse de muy, pero realmente de muy mal humor. Crece el número de páginas escritas por la mano *de ella*. Al mismo ritmo aumenta la cantidad de botellas de vino y absenta que ingiere el cuerpo *de él*. Alfred de Musset se pasea nervioso por el despacho de hombres que la mano de dragón ha reservado para él en su apartamento, un espacio arreglado y decorado con muebles de caballero a medida, juego de comedor dorado, desnudos femeninos, kit para fumar, mesa de billar con paño verde chillón y una barra para que no le duela la espalda al escribir.

Alfred de Musset se emborracha con determinación. Su nerviosismo crece y no entiende cuál es la causa de su nueva inquietud. Teme la verdadera razón de manera inconsciente.

La criada corretea por el apartamento recogiendo botellas que han rodado hasta un rincón como si fueran calcetines desechados de hombre. Al principio había sido contratada para una asistencia pasajera en París hasta que mejoraran las tensas relaciones de la baronesa con la familia del castillo de Nohant, hasta que los familiares dejaran de avergonzarse de su Madame, hasta que dejaran de sentirse ofendidos y enviaran a París a su propia doncella. La criada temporal proviene de Austria, o más precisamente de esa parte de la monarquía austríaca llamada Böhmen. Es una criada confiable, minuciosa, sistemática, ideal para las tareas cotidianas, que además cuenta con algo de educación y enriquece el menú con crepes y bollitos de requesón que sirve a Madame en mitad de la noche junto con una taza de café caliente, leche o chocolate, lo cual constituye un consuelo no verbal. Sin embargo, durante los acalorados dramas amorosos y peleas que no escasean en el hogar de la orgullosa Madame, cae bajo los efectos de la ansiedad, la tensión y el pánico. Fue contratada por recomendación de sus anteriores patrones de Viena; la desecharon como un paquete de mercancías dañadas. Había sido institutriz de una familia noble de Viena, la se-

ñora de la casa necesitaba deshacerse de un vergonzoso cuerpo embarazado, necesitaba exterminar las pruebas de la manía sembradora de su esposo. La concupiscencia del señor no importa, sí su evidencia; del embarazo tiene la culpa la criada.

George Sand es liberal, una mancha así en su currículum no la perturba. Al contrario. A ella le divierte y ambas se ayudan mutuamente en momentos difíciles. Cinco meses después de su llegada a París a la criada se le retuerce la cara, gime de forma estridente, se agarra el vientre con las dos manos y el dolor repentino la hace caer de rodillas. Madame comprende, levanta a la criada en brazos y la lleva a la otra habitación. La Criada Checa da a luz en el apartamento de Madame y esta encuentra un refugio para su ilegítimo descendiente. No en el campo sino en el seno de una sólida familia de ciudad. Intuye acertadamente que la criatura tiene sangre azul. Como ella.

La criada aprende muy rápido. Se comunica en francés. Pero no lo suficiente como para contar chismes de la cocina y el dormitorio sobre la extraña señora con botas a la prensa sensacionalista francesa. Sus fornidos brazos barren los suelos y sacuden las alfombras con vigor. El suelo del comedor lo friega una vez a la semana con un cepillo de cerdas duras, como acostumbran en su casa de campo natal, donde su madre, esposa de un herrero, la entrenó de forma estricta.

Ahora se balancea con fuerza. La escoba de abedul desaparece bajo la mesa y hace ondear el voladizo del mantel de terciopelo rojo. Desde esa cavernosa oscuridad barre con vigor los huesos de pollo que los exultantes invitados tiran sin rodeos debajo de la mesa. La noche anterior Madame había recibido a una compañía artística. Las ramitas de abedul silban, la escoba se engancha con algo en el suelo, opone resistencia, se arquea. La criada siente a sus espaldas cómo el pesado cuerpo del señor, empapado en alcohol, está dejándose caer en el diván. No se da cuenta de que sus hirientes palabras no están dirigidas a los

oídos de alguien en particular, su voz borracha sólo precisa quejarse ligeramente al mundo.

«¿Me quiere o no me quiere?»

«La verdad es que no tengo ni idea, señor.»

«Me quedo. O mejor me largo.»

«Como usted desee, señor.»

«Los dos hemos estado trabajando desde la mañana. Todo el día. Y al final tengo sobre la mesa diez versos y una botella consumida de aguardiente.»

«No es sólo una, señor.»

«Así es, no es sólo una.»

El cuerpo de Alfred de Musset lanza un suspiro orgulloso. Una mano se estira hasta la botella medio vacía y rellena la persistente copa.

«Tu señora en el mismo lapso de tiempo escribe medio libro y apura un litro de leche.»

Alfred de Musset mira con atención los tobillos de la criada presuntamente ocultos bajo la falda. La Criada Checa siente que el caballero espera alguna reacción. Su cabeza está nublada pero al fin balbucea una extraña frase que le había dicho en Viena una experimentada sirvienta. Toma tanto amor como el vino que bebe una persona sobria. No te conviertas en un borracho.

«Tome tanto amor como el vino que bebe un hombre moderado. No se convierta en un borracho.»

La Criada Checa se asusta de su propia estupidez, ha conectado mundos incompatibles; el cuerpo ha escupido su propia experiencia. El caballero presta atención, se levanta de un salto buscando un papel.

«¿Qué has dicho? ¿Puedes repetírmelo?»

Los dedos de la criada están enrojecidos e hinchados por el trabajo duro. Los panecillos laudados abrazan perplejos la escoba. A la criada no se la puede convencer de dejar de usarla. Sus ojos no pueden desprenderse de las ramitas dobladas, del montón de huesos agrisados, del remolino de polvo. Su mente

no sabe de qué está hablando el caballero ni cómo complacerlo. Agradece que el señor Alfred de Musset, a diferencia de otros caballeros, no se saque las ganas entre sus brazos cada noche sin preguntar y de forma ruda y automática.

No la asusta la ronquera de una voz masculina borracha, sino las apariencias desconocidas de su patrona. Eso sí que la asusta. Madame fuma puros, habla alto, grita a todo pulmón, se ríe de tal modo que la gente se detiene en la calle, interrumpe a los hombres al hablar, juega a las cartas, lleva pantalones. Cosas que no corresponden a una mujer. ¿Cómo se supone que respetará a su nueva señora? Debería haber permanecido a salvo, a pesar de la horrible marca en su frente y la vergüenza de su cuerpo, debería haber continuado sirviendo en la casa de Viena, donde hay orden y método, confesión y misas católicas los domingos. *Nach Wien, nach Wien, nach Wien*. Allí la llamaban por su nombre, Rózina. Madame la llama *Tchèque Servante*, la Criada Checa. Como si fueran su nombre y apellido. Sí, ella tuvo un traspie pero nunca tocó fondo. Como las suizas. En la monarquía austríaca quienes trabajan de prostitutas son, sobre todo, las suizas, tremendamente pobres, lo más bajo de la escala social. Las suizas son la escoria y se las reconoce por el acento. Tan bajo ella nunca ha caído.

El borracho Alfred de Musset anota sus frases, deja de balbucear y se queda dormido. Ronca con la boca abierta y una telaraña de baba en la comisura de sus labios. La Criada Checa se persigna. Rápidamente y cuatro veces seguidas. Sí, ya. El tren viene, el tren va.

Alfred de Musset ronca en el diván y el cuerpo de Barbora Panklová atraviesa la pubertad. O no. Amanece y ella está de pie en la orilla del arroyo. Se pone de cuclillas. Sumerge las manos en el agua helada y se enjuaga la cara. El arroyo le habla; se recoge la falda y sus pies descalzos entran en la corriente. Levanta los ojos al cielo que brilla con colores pastel azul y

rosa. Se baja la falda que se traga el agua y se vuelve pesada. Los dedos de sus pies acarician el barro. Sabe que nunca volverá a vivir este momento. No revivirá ni uno solo de los días. La voz de su abuela corta el aire.

«¿Por dónde andará nuestra Barča loca?»

La voz igualmente aguda de la madre resuena.

«No lo sé, bastantes preocupaciones tengo ya.»

Qué te dije, ella siempre tiene tiempo de sobra. Anda por ahí deambulando en sus enaguas como la salvaje Bára.¹ ¡Muy bien la has educado!

Barbora Panklová se acerca rápidamente a la orilla y extrae un tesoro del pañuelo que ha traído: una cáscara de nuez con una vela. La enciende y envía el fuego río abajo. La mano acaricia, por última vez, el agua cristalina que no puede encender. Vuelve a casa descalza, corriendo con sus enaguas empapadas. Se pone frenética y salta la valla. Se oye el ruido de la tela al desgarrarse. Barbora Panklová examina con espanto su falda, que está hecha un andrajo. Se arrastra cautelosamente bajo la ventana de su casa. Gatea conteniendo la respiración.

«Barča, loca, mira lo que pareces.»

Las viejas manos arrugadas no acarician el hermoso, largo y negro cabello de la niña que es su nieta. Barbora Panklová no sabe que es esencialmente independiente; para eso no necesita discursos, naipes, un puro ni pantalones de hombre. La mente está ansiosa, la vida es una promesa sin fin y sí, sí, sí, sí, será una polka feliz. La desconcierta un poco no tener, de un día para el otro, la misma libertad que los chicos del pueblo y sus hermanos. Ellos pueden elegir la orientación de sus juegos y hacer carrera. Su papel en la vida está limitado y estrictamente definido por la Iglesia católica. La misión de la mujer es ser esposa y madre. Su deber sagrado es casarse y tener hijos. No es el deber del hombre. Por el momento, no es algo que le asombre, por el momento no considera ridículo y monstruoso que la

1. Título de una de las obras de Božena Němcová. [N. del T.]

conservación del linaje sea supuestamente tarea de la mujer a pesar de requerir de ambas partes. Por el contrario, sueña con los ojos abiertos; ansía al hombre que se la lleve. Que la salve. Pero ¿ante qué y de qué? Su nombre es el futuro. Y el futuro de una niña en el siglo XIX llega en un caballo blanco.

No considera ni conoce otra opción de vida. El hombre sin rostro de sus sueños es la esperanza. La esperanza es un árbol de navidad en el que el alma cuelga sueños, ternura, deseos, ideales ingenuos. La punta del árbol señala al cielo. Desaparece entre las nubes.

Los ojos del administrador se le pegan al cuerpo. Sí, ya, el tren viene, el tren va.

En la familia Rockefeller prevalecen un método estricto y un orden rígido. Cada miembro del clan sabe perfectamente lo que el día y la noche esperan de ellos. Los días se fraccionan en períodos fijos para despertarse, comer, estudiar, rezar, trabajar y dormir. El sueño llega al filo de las diez de la noche. Y no existe la excepción.

A través de la ventana se oyen las risas de los vecinos y los chillidos de los niños exaltados; están despiertos, celebrando con los adultos la llegada del nuevo año. Pero él no tiene permiso para salir de la habitación. Y ni siquiera puede acercarse a la ventana; aun así el pequeño John D. Rockefeller se levanta sin hacer ruido. Se agacha junto a la ventana y su miedo no respira. Observa los reflejos de las luces en la pared. Oye los gritos de los niños y los de los adultos. Y, entre estos, las voces de sus padres.

«Normas son normas», exhala con agobio su mamá mientras deja la escoba de abedul, se seca el sudor de la frente y se masajea su enrojecida e hinchada palma de la mano. Todo el tiempo le está dando una paliza de las buenas. Él ha suplicado una excepción de Nochevieja, pero a su Jesús no le agradan los ruegos y quejidos.

No extraña los maliciosos juegos del pilla-pilla y el escondite a medianoche. Tampoco envidia los fuegos artificiales. Los juegos con los otros niños son para John D. Rockefeller negocio puro. Los negocios son un mundo ordenado. El único que puede tener bajo control y el único en el que siente poder.

Había planeado vender a los niños sorpresas de medianoche hechas de piedras del río. Para la suerte. Él mismo se había encargado de juntar y pulir las piedras con esmero. Vende la suerte como en el barrio chino se venden frases con cada ración de comida; cualquiera paga con gusto la suerte. Los clientes son procesados y preparados con antelación. Jeníček y Mařenka se han sentado en su pala.¹ A los niños más sensibles de la escuela los ha hecho llorar en el recreo. Les ha prometido que, en la víspera de Año Nuevo, los salvaría de infernales penas y remordimientos. Prometió borrarles sus imperdonables pecados del año, esos que, en caso contrario, los harían achicharrar en un infierno que se encargó de describirles con mucho color y lujo de detalles, entre los que los golpes con escoba de abedul a manos del diablo eran los menos graves.

No obstante, los salvaría con la única condición de destrozarse con ganas sus alcancías y huchas de cerdito, desanudar pañuelos y paquetitos y derramar sus mugrientas monedas para adquirir con ellas su mágica piedrita de la suerte con milagrosa energía solar.

No cambia el procedimiento a lo largo de toda su vida. Cada vez que hay un evento divertido se pone a pinchar a sus seres más cercanos, metiéndose con ellos, resaltándoles sus puntos débiles. Y entonces, a cambio de un pago, él se ofrece a salvarlos. Constantemente hace gala de una superioridad que no tie-

1. Referencia a la versión checa de Hansel y Gretel, quienes logran salvarse de que la bruja los meta en el horno al hacerla sentar en una pala y luego arrojarla al fuego. Božena Němcová escribió una adaptación de la historia de Jeníček y Mařenka. [N. del T.]

ne ningún tipo de asidero. De hecho su superioridad es muy misteriosa para quienes lo rodean. Pronto, pero muy pronto, se convence de que tiene la patente sobre la razón. Por eso lo decide todo, cada detalle; incluso la clasificación y etiquetado de sus amigos y la elección de sus juegos.

«De cualquier modo, los fuegos artificiales terminarán pronto», susurra a su almohada. «Y mañana les venderemos las piedritas mágicas de la suerte. Con recargo de Año Nuevo». Sí, ya. El tren viene, el tren va.

George Sand pone cada vez más nerviosa a la Criada Checa. Y la Criada Checa necesita poder respetar a sus señores, qué orden sería ese si no. Madame se abre paso por París sin ninguna compañía. Ha salido a pisar el espacio vital de la gran ciudad con el enérgico paso de sus botas de hombre. El zapatero se las confecciona a medida; está claro que los pedidos y el talego de la baronesa no se rehúsan, pero él se resiste tanto que la lezna permanece largo tiempo sin tocar.

Su paso implacable pisotea meñiques y callos. Su paso se asienta firmemente en la confianza en sí misma y en su lenguaje. Adoquina el camino que recorre. El adoquinado es el respeto. Madame no advierte a nadie.

Los obligará, los educará, se acostumbrarán. Se acostumbrarán los familiares, los amigos, los colegas, la sociedad. Se acostumbrarán y lo que es aún más importante: la dejarán en paz porque empezarán a temer a su pluma. Tan pronto como George Sand se asegure de que se han acostumbrado a ella, ya no necesitará zapatos ni trajes de hombre.

Volverá a ponerse ropa de mujer. Su entorno no la ignora, su entorno percibe su obstinado talento. La envoltura del cuerpo ya no le interesará. No tendrá que desplegar un plumaje ajeno y fingir que sabe usarlo.

Su cuerpo es capaz de dominar la transición, así que, para variar, la escritora se dejará fotografiar con un vestido de seda

y retratar con una flor en su espeso cabello, negro y suelto. Encuentra el sentido de la vida en la escritura. Está poseída por la escritura. La escritura, no la literatura.

Establece una cuota diaria de páginas. También un límite de tiempo. Como sus colegas hombres. Sólo que no monta una fábrica. La obrera única se sienta sola ante la cinta transportadora de papel y sola completa con satisfacción el contenido de las páginas hasta alcanzar su objetivo. De lo contrario, no se levanta de su escritorio ni del papel amarillento con reflejos del empapelado color violeta. La luna es la protectora de las mujeres y el sol el protector de los hombres. La cuota diaria de palabras es un jefe severo. Ni siquiera la llegada de un nuevo estado en su vida cambiará eso.